

Diálogos Universitarios

¿Cambios en la alineación de las fuerzas políticas y sociales chilenas?

NOTA DE LA REDACCION.—Damos comienzo en este número a una nueva sección que, bajo el epígrafe de "Diálogos Universitarios", estará dirigida a captar, de manera directa, la opinión de los círculos universitarios —profesores, investigadores, ayudante y alumnos— respecto de problemas de actualidad. Para obtener una opinión espontánea y fidedigna, solamente se avisa a los participantes el tema sobre el cual versará una conversación "en equipo", sin entrar en mayores detalles. Durante el curso de esta conversación actúa un taquígrafo que va dejando constancia de todo cuanto se dice, de los giros, expresiones, tonos polémicos y toda otra alternativa que, inesperada y desconcertante, pueda producirse a lo largo de 45 minutos de discusión. Nos parece casi innecesario explicar los fundamentos de este tipo de trabajo. Tenemos la convicción de que será bien recibido por los lectores y de que cada uno de ellos sentirá tomar parte en estos Diálogos, que versarán sobre cualquier tema que merezca y pueda ser enfocado por la curiosidad y técnica que proporcionan los estudios jurídicos y sociales.

En este primer "Diálogo Universitario" interviene don Francisco Cumplido Cereceda, Profesor Ordinario de Derecho Constitucional de esta Escuela y Subdirector de nuestro Seminario, Abogado de la Dirección de Tierras y Bienes Nacionales; Iván Auger Labarca, Profesor Contratado de Derecho Constitucional en la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, Secretario de Comisiones del Senado; Eduardo Palma, Egresado de Leyes, funcionario de la Oficina de Informaciones del Senado; Carlos Cruz Coke Ossa, Ayudante de Derecho Constitucional del Seminario de Derecho Público, Abogado, y Jorge Tapia Valdés, Investigador de Derecho Constitucional del Seminario de Derecho Público, funcionario del Senado.

La versión taquigráfica fue tomada por el señor Hernán Villegas Ramírez.

J. TAPIA.—... Conuerdo con tu opinión de que es necesario reformar el sistema de determinación de los elegidos en la ley de elecciones. Y a propósito, me agradaría conocer qué pensamos de un problema que me ha planteado un amigo demócrata cristiano, de profundas inquie-

tudes intelectuales y universitarias en general. El opinó, en una conversación de amigos, que, a su juicio, la mayoría de la gente, en Chile, no se había percatado de que la última elección presidencial reveló la existencia de un notorio cambio en la orientación y en el contenido de las fuerzas sociales y políticas chilenas. Este es un tema que tiene muchos bemoles, que hay que discutir con calma y que requiere, evidentemente, un análisis larguísimo; pero que puede hacerse en síntesis, tocando algunos puntos claves referentes a la forma en que se produjo la última elección. Por ejemplo, podríamos decir que la polarización de las fuerzas políticas en tendencias, ambas, socialistas por su contenido esencial, excluyó del primer plano político a las llamadas fuerzas de derecha o, en general, a cualquiera fuerza política que pudiera considerarse conservadora. Porque al hablar de socialismo, en sentido amplio, nos adentramos, querámoslo o no, en programas de reformas orgánicas, institucionales y de estructuras, en todos los niveles económicos, políticos y, por consiguiente, jurídicos. El resultado mismo de la elección, que dio tan clara mayoría a un candidato, pudiera significar, además, que si bien la gran masa de los ciudadanos chilenos está dispuesta a encarar los años futuros en un ambiente de transformaciones, de renovación, desea hacerlo también con un sentido eminentemente evolutivo, pacífico y libertario. Por otro lado, hay hechos que llaman la atención y que parecerían estar en contradicción con los anteriores. Por ejemplo la impresionante popularidad de que sigue disfrutando el actual Presidente de la República. Esta popularidad, ¿refleja una conformidad con la política por él implantada desde la Presidencia de la República u obedece a otros factores? Porque de existir, tal conformidad significaría que una gran parte de la ciudadanía chilena desea que la forma en que siga gobernándose al país sea, fundamentalmente, la que ha puesto en práctica el Mandatario saliente.

E. PALMA.—Tu amplio "punteo" del problema suscita una serie de sugerencias. Por de pronto, me parece que el hecho de que en Chile exista un periodismo de batalla y también de compromiso, y que la universidad, para impedir una partidización, suela no entrar en este tipo de pro-

blemas, impide que la opinión pública consciente del país pueda, de algún modo u otro, tener una conclusión relativamente cultural de los problemas políticos.

Eso, generalmente, porque el periodismo se ha convertido en una menudencia psicológica, de situación, adaptado a una sociedad de masas que espera que se le cuente la anécdota del político, el hecho insubstancial y que nunca busca analogías entre tipos de entidades sociales, que permitan a la gente formarse abstracciones, superar las dificultades que tienen con ideas mayores.

Por eso creo necesario este tipo de análisis. Deseo referirme a los planteamientos que has hecho recién.

Me parece que la elección presidencial en Chile, y comparto lo que ha dicho la prensa extranjera —su enfoque del problema nacional es más frío—, fue importantísima. Importantísima, porque por primera vez se jugaron en Chile ideas universales, que al mismo tiempo representaban situaciones comprometidas en nuestro país.

Dicen algunos que, junto con la revolución mexicana y la revolución cubana, son los hechos más importantes que han ocurrido en América Latina.

No es casual que la prensa extranjera haya destacado la elección chilena. Está explicado por la conciencia que se tuvo sobre ese problema.

J. TAPIA.—¿Me permites una acotación?

Me parece que, lamentablemente, por efecto de la enorme campaña propagandística hecha por una y otra candidatura, especialmente por la de la coalición triunfante, y por el sentido esencial de esa campaña, se desvirtuó, se distorsionó el contenido real de la contienda, pues se creó lo que pudiéramos llamar una serie de "mitos", rojos, blancos y azules. Se tachó, por una parte, de "derechista" a una candidatura y, por la otra, de representante del más peligroso comunismo a la del Senador Allende, en circunstancias que, quizás, lo que estaba en juego e importaba decidir en Chile no era eso. Esa campaña desvirtuó el contenido de la lucha electoral e influyó para que la decisión del electorado se produjera sobre una base ficticia, que no correspondía a las convicciones y necesidades reales y depuradas del elector.

E. PALMA.—Me parece que cierto romanticismo siglo XIX nos impide ver que los hechos nunca son lineales, sino siempre turbulentos. Es decir, el "amastijo" de la elección fue un despliegue fabuloso de dinero y de propaganda. Pero la línea central de la elección es clara. Es clara, primero, en cuanto a que las dos candidaturas propiciaban cambios y, en seguida, porque las acu-

siones hechas de una y otra parte, en tono polémico, destinado, por cierto, a ensombrecer los aspectos más negativos de la otra candidatura, parecían tener fundamentos reales.

Cuando la candidatura "frapista" acusaba a la candidatura demócrata cristiana de compromisos con la derecha, a mi juicio, podría haber fundamentos reales para polemizar así, pues todo un cuadro social, político y económico de derecha apoyaba a la candidatura del Senador Frei. Y en verdad, un buen análisis sociológico —sin necesidad de ser marxista— podía explicar que existían ciertas relaciones de hecho, las cuales están más allá que los compromisos formales. Pero, al mismo tiempo, cuando la candidatura del Senador Frei acusaba a la candidatura del FRAP de tener en sí una contradicción dialéctica, entre una presunta dictadura del proletariado y, por otro lado, una cierta democracia social, se basaba en algo que podía ser verdadero, pues la dirección de ambos partidos se había comprometido con un sistema ideológico asimilable al totalitarismo contemporáneo. Luego, a mi juicio, en cierta forma, las dos acusaciones eran verdaderas desde un punto de vista general polémico.

F. CUMPLIDO.—Me parece prematuro, tal vez, poder dar una respuesta enfática de si verdaderamente la ordenación de las fuerzas políticas chilenas obedece sólo a las dos grandes tendencias que lucharon por el acceso al poder. Precisamente, por los argumentos señalados por ustedes, es decir, porque en ambas candidaturas contribuyeron al resultado definitivo fuerzas que no tienen un mismo programa y una misma declaración de principios.

Sin embargo, parece indudable que el resultado de las últimas elecciones, comparado con los resultados de las elecciones de los años anteriores a 1950, está indicando una tendencia en el electorado chileno, que puede, efectivamente, llegar a la formación de dos bloques antagónicos, que ofrecen, ambos, soluciones de cambios profundos, a los cuales el electorado adherirá, fundamentalmente, sobre la base de la forma cómo se realizarán esos cambios.

Me parece que existe una tendencia a una nueva ordenación de las fuerzas sociales y políticas chilenas, lo cual, naturalmente, no es un problema regional nuestro, sino más general, universal. El planteamiento de los grandes problemas del mundo ha llevado, también, a orientar las fuerzas políticas internacionales, el pensamiento universal —como aquí se ha dicho— hacia esas dos soluciones. No creo, por otra parte, que el resultado de las elecciones parlamentarias tenga la misma amplitud que el de la presidencial. No creo que el Partido Radical, por ejemplo —que

hasta hace poco era la primera mayoría política del país— tenga un descenso tan vertiginoso que haga desaparecer su influencia en la política chilena. El Partido Radical mantendrá una representación que debe considerarse para la solución de los problemas, pues hará pesar en uno u otro sentido los tipos de realizaciones que se presenten.

Igualmente, pienso que la derecha tradicional chilena, integrada por los partidos liberal y conservador, no dejará de tener influencia. A mi me parece que, tanto el Partido Radical como los partidos tradicionales de derecha sufrirán una disminución, pero no de la entidad que en este momento se piensa.

Sin embargo —insisto— en cuanto a la tendencia de la organización y reorganización de las fuerzas sociales y políticas chilenas, en este momento no debe catalogarse sino, precisamente, como una **tendencia**.

Debe agregarse que las elecciones de marzo pueden no ser aún un reflejo exacto, debido a su proximidad con la elección presidencial. Debe esperarse que se asiente un poco más la opinión ciudadana para poder dar un definitivo pronunciamiento sobre el tema.

J. TAPIA.—Desde el punto de vista de Carlos Cruz Coke creo que tiene mucha importancia este problema en relación con las elecciones de marzo. ¿Qué opinas sobre el tema?

C. CRUZ COKE.—Al analizar el problema en conjunto hay varias opiniones expresadas por ustedes con las cuales no concuerdo.

En Chile, desde 1938 hasta 1964, prácticamente, el electorado se ha identificado, en las primeras mayorías, con los candidatos extremistas. Si observamos la realidad, desde 1938, con Gustavo Ross y Pedro Aguirre Cerda —1942 no se puede considerar, pues sólo había dos candidatos— en 1946 ocurrió lo mismo, el candidato triunfante fue apoyado por una coalición de izquierda y el segundo fue un conservador; en 1952 obtuvo el triunfo don Carlos Ibáñez, que representaba, evidentemente, un movimiento nacionalista y de izquierda, superando al de la extrema derecha, que era don Arturo Matte; en 1958, don Jorge Alessandri Rodríguez obtiene la primera mayoría, siendo candidato de la extrema derecha —mirado esto desde un punto de vista muy general—, sobre el de la extrema izquierda, que era Salvador Allende. Pero ¿qué pasó en 1964? Primero, en mi concepto, terminó el predominio de los partidos tradicionales, como el Partido Liberal, Conservador y Radical, que eran definitivos para elegir un Presidente de la República mediante su votación. Eso desapareció. En segundo término, no se produjo el fenómeno ocurrido durante todos los

períodos anteriores, de que el candidato triunfante fuera uno de los extremistas, sino que la lucha se planteó por intermedio del apoyo que brindaron los partidos tradicionales hacia un candidato, por el temor que tenían del triunfo de otro candidato, extremista, y la implantación en Chile de un gobierno marxista.

J. TAPIA.—De acuerdo con tu opinión, podría afirmarse, entonces, que no fue, ni mucho menos, el acatamiento, siquiera parcial, a un programa político...

C. CRUZ COKE.—Evidente.

J. TAPIA.—...sino el temor fundado en el éxito de un extremismo político de izquierda, lo que decidió el gran apoyo ciudadano a la candidatura triunfante.

C. CRUZ COKE.—Claro. Por eso, no concuerdo en el hecho de que la opinión pública se haya polarizado en dos actitudes de izquierda. Existe una actitud de izquierda definida, que es la del Senador Allende, y una actitud de izquierda moderada, del Senador Frei, que la comparte una parte de su electorado. Veamos la primera conclusión de esto.

F. CUMPLIDO.—¿Me permites una interrupción?

Es indudable, aquí se ha reconocido y yo lo he reconocido especialmente, que no se puede atribuir la totalidad de la votación del candidato demócrata cristiano a la aceptación de su programa. Incuestionablemente, una parte de esa votación pertenece a los partidos tradicionales. Ahora, el problema consiste en saber cuál es el aporte de esos partidos.

C. CRUZ COKE.—Me parece, de acuerdo con lo que tú dijiste denantes, que la elección de marzo puede no ser un índice claro de cuál fue el aporte de los partidos tradicionales...

F. CUMPLIDO.—Tampoco.

I. AUGER.—Todavía me parece que no.

C. CRUZ COKE.—Realmente, pienso que la elección de marzo —como indicó Francisco— es muy cercana en un país como Chile donde prácticamente todo el mundo juega a ganador y la mayoría del electorado vota para asegurar su situación, y el resto para obtenerla. En segundo lugar, existe una opinión generalizada en el país, dirigida a cooperar con el ganador y a darle, por consiguiente, una mayoría parlamentaria. Segun-

do hecho que en mi concepto determinó la elección de 1964: es que nunca podrá triunfar en Chile un movimiento de izquierda que se identifique con el Partido Comunista. Es una cosa básica... a través de los años, cuando se presenta al electorado una agrupación de partidos marxistas y dirigida, por ende, por el Partido Comunista, el electorado, por seguridad, por un mínimo de bienestar con que cuenta, le niega la votación y el triunfo.

J. TAPIA.—Pero eso no es tan cierto en algunas elecciones presidenciales anteriores, Carlos, como es el caso de la de 1946, en que triunfó González Videla con el apoyo del Partido Comunista.

C. CRUZ COKE.—Porque había cuatro candidatos. Cuando se plantea entre dos candidatos y uno de ellos es de un posición definida de izquierda marxista...

J. TAPIA.—Pero en 1942, por ejemplo, triunfó don Juan Antonio Ríos, apoyado por los comunistas, y la lucha se redujo a dos candidatos.

C. CRUZ COKE.—Se redujo a dos candidatos en una época en que el comunismo no tenía la fuerza que hoy tiene, y se redujo, además, el triunfo por la apatía de los llamados partidos de orden y los errores del candidato de la combinación. Además, ocurrió que en esa elección, y la de 1938, el candidato triunfante no era un izquierdista marxista.

En tercer término, las presiones externas e internas, y eso nadie lo puede negar, fueron fundamentales... sea por la venida de dinero, por la ayuda interna que se recibió, por el temor, por la situación internacional, por el problema cubano, etc., la presión externa fue inmensa e inmenso también el terror que se apoderó de Chile, y determinó el triunfo...

J. TAPIA.—Coincido con algunos aspectos de tu última opinión. Y esto de la presión internacional creo que ha preocupado especialmente a Iván Auger.

I. AUGER.—En la elección presidencial se enfrentaron, como en las anteriores, básicamente las mismas fuerzas sociales, aunque por medio de nuevos cauces políticos.

Nuevos partidos son los que tienen ahora mayor predominio. Esto se debe, a mi juicio, a que el pueblo no se contenta con meras promesas de mejoras, y propuestas sobre bases liberales. Porque no me cabe la menor duda de que los tres partidos tradicionales, en el concepto amplio de los términos, son partidos liberales en un sentido econó-

mico. Por ello, los trabajadores y la clase media, que cada día tiene mayor preponderancia en el número de electores, dada la gran experiencia que ha tenido el electorado en el país, ha buscado dos cauces diversos y distintos a los antiguos. Sin embargo —repito— a mi juicio, tanto en la democracia cristiana como en el FRAP están representadas las mismas clases sociales que en las elecciones anteriores, aunque el grupo triunfante logró captar pueblo. Pero, respecto a esta captación de pueblo, hay que tener presente aquello a que se refirió Carlos Cruz Coke: puede ser el resultado de una gran presión externa e interna y la demostración palpable de esa presión. A pesar de la gran propaganda desplegada con enormes medios económicos, en los sindicatos, por parte de la democracia cristiana en los últimos cuatro años, en especial desde que obtuvo y recibió la influencia de los partidos demócrata-cristianos europeos en cuanto a su organización y métodos de lucha, el resultado ha sido relativamente pobre para el capital invertido. En este momento sigue existiendo una amplia mayoría de dirigentes socialistas y comunistas. Aun más, estimo que en la campaña presidencial la presión interna y externa llegó plenamente a los sectores más populares, a los que carecían de organización sindical, al poblador de los barrios más pobres, es decir, a los obreros, a los trabajadores de menor cultura ciudadana.

No ocurrió lo mismo en el campo, debido a que es imposible emplear frente al campesino los medios de difusión que se utilizan en las ciudades, y por ello no los alcanzó la propaganda.

Sin embargo, pienso que también es evidente que el surgimiento de la democracia cristiana como fuerza política significará profundos cambios en la actitud de la burguesía media y alta. Significará una cesión de los conceptos que mantuvo durante siglo y medio. Dicha cesión es el abandono del liberalismo y el reemplazo por una doctrina social, como es el social cristianismo.

Es evidente también que el apoyo de los partidos de derecha fue un factor preponderante en el triunfo. Sin embargo, a pesar de lo expresado por algunos de ustedes, estimo que la derecha en Chile ya no tiene porvenir. Los hombres que militaban antes en la derecha, ahora pasarán a militar en la democracia cristiana, y sucederá en Chile un proceso similar al italiano, donde monarquistas, facistas y liberales son partidos muy pequeños y sin ninguna raíz frente a la democracia cristiana. Entonces, la democracia cristiana será un partido donde militarán personajes de derecha, que serán los que en el pasado formaban en partidos de derecha; pero que ahora, por las circunstancias, van a pertenecer al partido de gobierno. Habrá en dicho movimiento otras

personas de izquierda, que será el pueblo demócrata cristiano, con algunos intelectuales que llegaron a constituir la primera Falange Nacional; al centro, el grupo dominante, formado por las capas más altas de la pequeña burguesía. Este esquema presente impide, a mi juicio, salvo que existan factores emocionales muy fuertes, el renacimiento de la derecha. El factor emocional podría ser la unión de los partidos de derecha en torno a la persona del actual Presidente, don Jorge Alessandri.

En caso de que tal aglutinación de fuerzas no se produzca, la derecha económica tendrá su cauce natural en la democracia cristiana, por ser ella una fuerza nueva, con popularidad y organizada modernamente, que le puede permitir, en parte, continuar influyendo.

F. CUMPLIDO.—Voy a hablar un poco desordenado.

En relación, por ejemplo, con la orientación del nuevo Gobierno me parece prematuro afirmar que predominará la orientación de "la nueva democracia cristiana", como aquí se ha denominado la incorporación de sectores independientes y de derecha en el Partido Demócrata Cristiano.

Si se revisa el futuro equipo de Gobierno, es posible observar, principalmente en el sector económico, algunos nombres de personas que intervinieron en el anterior Gobierno. Este fenómeno no lo estimo tan significativo, por cuanto si bien la democracia cristiana nunca le ha negado cooperación técnica a ningún Gobierno, muchas de las ideas de esos técnicos no se reflejaron durante el Gobierno del Sr. Alessandri.

De manera que es probable...

J. TAPIA.—Alguien lo dijo en forma muy gráfica: no es que el Sr. Frei esté pidiendo técnicos prestados al Sr. Alessandri, sino al revés, fue el Sr. Alessandri quien le pidió técnicos al Sr. Frei.

F. CUMPLIDO.—Me parece que eso es elástico. Al formarse el equipo de Gobierno, el Sr. Alessandri hubo de recurrir a personas que, según claramente se sabía, habían sido electores de Eduardo Frei.

Me formé la impresión de que la Derecha no tenía en ese momento equipo de Gobierno. No obstante reconocer que existen, en los partidos Liberal y Conservador, personas destacadas, no eran de la entidad que hoy se necesita para que un Gobierno disponga de asesoría técnica. Y dicha asesoría técnica, como su nombre lo indica, es técnica: la orientación política la da el Gobierno y las soluciones corresponden a la Administración. De manera que es prematuro afirmar que la orientación de la Democracia Cristiana en

el Gobierno será de derecha o de centro-derecha. Esc, por una parte, y por la otra...

I. AUGER.—Perdón... dije una Derecha Nueva. Hablé de una Derecha Nueva en el sentido de que planifica económicamente y que hace concesiones a las necesidades populares.

C. CRUZ COKE.—Disiento de tu opinión.

Para mí existe un segundo misterio en la elección presidencial. ¿A qué se debe la popularidad del Presidente Alessandri? Lo enfoco en la siguiente forma: en mi concepto —no estaba en Chile, por desgracia, pero estaba bastante informado— la elección complementaria por Curicó, de 1964, es el hecho político-electoral, creo, más importante posiblemente de la historia de Chile, pues determinó simplemente un terremoto político.

Miradas las cosas fríamente señaló lo siguiente: que la primera mayoría la obtenía el Sr. Allende, la segunda el Sr. Durán y la tercera el Sr. Frei. Eso, en mi concepto, fue la elección de Curicó, es decir, que con tres o cuatro candidatos, el triunfante sería el Senador Allende.

El Senador Durán renunció, en un gesto que lo considero altísimo, y simplemente entregó su votación de derecha y del Frente Democrático, que estaba en verdad asustadísimo, a D. Eduardo Frei. Incluso se pidió en esos momentos el apoyo a Jorge Prat, que la derecha negó en forma terminante, pues estaba de por medio la seguridad del país y posiblemente la de sus intereses. Eso no puedo entrar a medirlo.

Me planteo lo siguiente: si los partidos tradicionales en esa época hubieran tenido un líder de capacidad, un hombre de las condiciones del actual Presidente de la República, ¿se habría producido el mismo fenómeno de 1958? —Creo que la lucha se habría entablado entre el Sr. Allende y el líder del movimiento de derecha. No se explica que el Presidente de la República, hombre de extracción capitalista, de derecha, fundado intelectualmente en las grandes empresas, director de esas empresas, tenga después de seis años de gobierno, durante los cuales ha habido una inflación del orden del 320% (que es inferior a la del otro período que fue del orden del 850%), la popularidad que mantiene. Ese fenómeno se debe a que el pueblo pide cosas mínimas y no le interesan los distingos doctrinarios; desea una posición de avanzada que le satisfaga ciertas necesidades. Cambió el sentido que había en 1938. El pueblo en esa época exigía "pan, techo y abrigo"; en 1964 se ha dado cuenta de que no puede obtener del Gobierno "pan, techo y abrigo". Ahora, por lo menos, pide obtener algo. Con este Gobierno lo obtuvo. Ciertos índices básicos:

una casa que antes no tenía —existen, por lo menos 150.000 casas nuevas—, un gobierno honesto, un Presidente respetado y que dio plenas libertades. De manera que esa señal —ya que el electorado actuó sobre bases totalmente ficticias— no corresponde a la realidad nacional.

Entonces, debido a la existencia de un panorama político ficticio, por la elección presidencial, la opinión pública en los próximos tres años se agrupará en tres movimientos. No en los grupos partidistas que cree Iván Auger. Simplemente habrá un movimiento demócrata cristiano que tiene su doctrina y sus líderes, el cual estará haciendo Gobierno, y que tendrá que dar testimonio real de su doctrina; habrá un fuerte movimiento de izquierda, el que no tiene por qué variar un ápice un programa sostenido desde 1938 hasta ahora, y un tercer movimiento, que si quieren lo titulan de derecha, pero que tiene otras ambiciones, busca un sentido completamente distinto al de la democracia cristiana. Ya sea que dicho conglomerado político lo dirija Alessandri o cualquier otro líder, se hará realidad.

Por la derrota de los partidos derechistas surgirá una nueva fuerza política que no identificará ni con la Democracia Cristiana ni con el Frente de Acción Popular, sino que representará una aspiración existente en el país, identificada con este hombre que se va con miles de aplausos después de seis años de Gobierno.

I. AUGER.—No creo en la posibilidad de un nuevo movimiento de derecha, salvo transitoriamente, por factores emocionales —repito— pero esta posición no me parece que tendrá gran influencia popular en el plazo de cinco a diez años más, debido a las maquinarias políticas que se requieren en la actualidad para imponer un punto de vista, o siquiera para tener alguna influencia en el Gobierno. Esa maquinaria es tan enorme y especializada, que los hombres de la derecha clásica, e incluso los propios radicales, ya no la formarán, mientras que los otros dos grupos la tienen en plena acción, y cada día esa acción organizada de ellos es más fuerte e irá haciendo más difícil la posibilidad de crear un movimiento nuevo que les copie la organización y que tenga por tanto, posibilidad de triunfo.

F. CUMPLIDO.—Deseo rectificar algunas cosas.

C. CRUZ COKE.—Yo también...

F. CUMPLIDO.—Me parece que las afirmaciones de Iván Auger, en el sentido de que la democracia cristiana no tiene pueblo organizado en los sindicatos que puedan influir en las decisiones, no está de acuerdo con la tendencia com-

probada, pues si se analizan las últimas elecciones sindicales en 1963-64, puede advertirse un desplazamiento de la representación del Frente de Acción Popular en numerosos sindicatos. No afirmo, pues no tengo estadísticas en este momento, que la representación sindical de la democracia cristiana haya superado a la del Frente de Acción Popular, pero sí puedo advertir la tendencia a su reemplazo por la democracia cristiana. Y si el Gobierno demócrata cristiano es, como aspira ser, un Gobierno con participación popular, "eficaz y real", con la participación del pueblo en las resoluciones que se adopten, estimo que puede cambiar sustancialmente la actual situación sindical.

En cuanto a la polarización de las fuerzas políticas, es incuestionable que nosotros hemos dejado de lado al Partido Radical. Sólo yo, en mis intervenciones, he reconocido que el Partido Radical no va a desaparecer en el medio político chileno. Nadie ha dicho cuál será la situación de este Partido en aquella polarización de fuerzas de que habla Iván Auger (de una derecha, de un centro-derecha y de una izquierda que Iván Auger llama pueblo).

Me gustaría oír la opinión de algunos de ustedes sobre la situación del Partido Radical.

I. AUGER.—Yo incluí al Partido Radical dentro de los liberales, en el sentido de su posición económica y su esencial defensa de lo que ellos llaman régimen democrático; entendiéndolo por tal a las instituciones vigentes. Y al hablar del Partido Radical, creo, también, que está incluido en el esquema anterior. Lo considero, en este momento, dentro de las fuerzas de derecha.

J. TAPIA.—Me había limitado a meditar sobre las opiniones, a veces muy divergentes, que ustedes han dado. Me voy a permitir adoptar una actitud, que a veces llamamos ecléctica, que algunos tanto critican, pero que todos en algún momento asumen. Y enfrentando este problema de la polarización de las fuerzas políticas y sociales de una Nación, creo que ellas admiten una clasificación elemental: aquéllas que desean conquistar el Poder para "conceder" algo y aquéllas que desean conseguirlo "para obtener o darse algo" en forma directa. Por lo menos es ese el panorama que presenta el mundo político casi sin variaciones, en los países más o menos organizados. Me refiero, naturalmente, al mundo Occidental. Porque ni aun los más recalcitrantes hombres de la tradición y de la derecha pueden hoy sustentar el mantenimiento del estado actual de las estructuras económicas y sociales. Y eso, para mí, tiene una importancia conceptual inmensa, porque significa que el mundo, y dentro del mundo, nuestro país, camina hacia cambios a

través de concesiones o mediante la obtención directa de mejores y más amplios niveles de vida. Por eso, cuando enfrentamos el problema en la discusión de si hay una reordenación de fuerzas nos estamos haciendo cargo de una situación general al mundo. Es evidente que el mundo tiende a mutar sus estructuras por mil factores, muchos de ellos mera y aplastantemente materiales; entre esos factores no tienen que estar sola y exclusivamente los de los impulsos doctrinarios que surgen de los extremos... Pero, evidentemente, la presión de las doctrinas de extrema izquierda, unida a ciertos hechos, como por ejemplo la explosión demográfica del mundo y el desmembramiento de los imperios coloniales, hacen inevitable la readaptación de las estructuras nacionales a necesidades nuevas, múltiples y en expansión. Entonces, cuando en países como los nuestros, de carácter subdesarrollado, nos vemos abocados al problema de distribuir, primero, entre muchos que siempre son más y, segundo, en escalas que por efectos de la civilización, de la técnica y de las comunicaciones son cada vez más exigentes, tenemos necesariamente que entrar en un proceso de readaptación del mecanismo.

En esta forma, y como consecuencia, se ha de producir siempre, inexorablemente, eso que hemos estado llamando la reordenación de las fuerzas políticas y sociales. Porque el hombre no puede cerrarse a la evidencia de que, o se cambia el orden de las cosas o, simplemente, parece. Parece por efecto de una revolución, de estallidos violentos del inconformismo que, llevado al extremo, trae consigo bastante más pesares que los que acarrearía conceder de a poco.

Cuando entramos a analizar el futuro de lo que tradicionalmente se llama la derecha en un país, y en especial el nuestro, estamos, entonces, a veces, partiendo de una base un poco débil, pues tal derecha, con el contenido que suele o solía dársele, no puede subsistir, no existe...

El proceso de cambio es un imperativo que ya no surge de las ideologías y de las intenciones de los hombres, sino de los hechos sociales, que se imponen a los hombres.

Ahora bien, desde este ángulo, el desaparecimiento de la derecha en Chile, o al menos el comienzo de su desaparición, se inició con el triunfo del Frente Popular en 1938. Desde entonces ha imperado en el Gobierno del país, al menos formalmente, el dogma de la revolución dentro de la ley, revolución en libertad o evolucionismo. Inicialmente dio contenido a esta práctica el radicalismo, que lentamente derivó desde el socialismo de Estado hacia la social democracia, aunque este desarrollo se viera frenado por algunos de sus sectores más conservadores

Prescindiendo de ciertos elementos contingentes y humanos que tienen nombre y apellido y en todo caso gran influencia, esta tendencia de renovación, de cambio en la estructura social y de gobierno de las masas y para las masas, se ha mantenido en Chile en los últimos veinticinco años, de manera que el planteamiento que a este respecto formula la democracia cristiana parece no significar nada especialmente nuevo, salvo el reemplazo en las esferas dirigentes de elementos laicos por elementos religiosos militantes. Se podría argumentar que no es ésta la cuestión de fondo, sino la de que, en la actualidad, los últimos sectores derechistas han debido renunciar a toda pretensión de decidir o influir en el Gobierno. Yo quiero afirmar que, siendo los afectados partidos de "personalidades", por contraposición a los izquierdistas o de izquierda, y subsistiendo en su integridad la estructura social y económica de la cual emanan y a la que representa y defiende la Derecha de este país, resultaría más científico sostener que ella cuenta aún con muchas razones y factores de subsistencia. Adoptará una nueva forma de expresión, mediante la cual podría, eventualmente, lograr un predominio en los nuevos círculos gobernantes, ya que por último, su actitud en la última elección no tiene mayor explicación que la necesidad de evitar lo que, para ella, representaba un mal mayor. ¿Pero qué pasará en 1970, si algún líder presente o futuro de esta derecha se presenta a la elección presidencial?

C. CRUZ COKE.—¿Me permites...? Por desgracia, hablé de una tercera fuerza política que equidistaba ideológicamente de la democracia cristiana y del Frap... Señalé una tercera fuerza, pero en ningún caso estoy buscando una traducción política para la derecha, pues no me parece que en Chile ninguna persona con cierta conciencia y viviendo en 1964 pueda creer en la subsistencia política de un movimiento de derecha.

Se trata de una expresión política latente y que existe en el país, manifestada en el apoyo popular que tiene el Presidente Alessandri y que busca ciertos cambios. Desea cambios, tal como la democracia cristiana, pero también en otros campos...

J. TAPIA.—¿No será una tendencia al caudillismo, al mesianismo que incluso nuestro país ha tenido y que en este caso se reafirma por las condiciones personales de Alessandri?

C. CRUZ COKE.—No es eso en ningún caso. Es un electorado que desea instituciones políticas dinámicas, primero; segundo, respeto a la Autoridad; tercero, poner fin a la politización tre-

menda que existe en este país y modificaciones profundas no sólo en el campo institucional, sino también en lo económico y social.

Por desgracia los partidos políticos han sido incapaces de lograrlo...

F. CUMPLIDO.—Deseo hacer una observación relacionada con el juicio de Carlos. Mantener una política internacional digna, respetar a la Autoridad y obtener modificaciones profundas en las instituciones, en lo económico y lo social, es patrimonio de todos los partidos democráticos. El problema consiste en tener intención de realizarlas y en la manera cómo han de ejecutarse.

I. AUGER.—Por eso —conuerdo con Francisco— dije que la única posibilidad de la derecha tradicional era el factor emocional alrededor del Presidente Alessandri.

C. CRUZ COKE.—Discrepo con Francisco por lo siguiente primero, porque el candidato existió. El candidato fue Jorge Alessandri Rodríguez, que pudo ser reelegido Presidente de la República si hubiera reformado la Constitución...

F. CUMPLIDO.—La persona de Jorge Alessandri...

C. CRUZ COKE.—En seguida, Jorge Prat presentó un movimiento similar al que tenía como líder Jorge Alessandri y que sepultaron los propios partidos de derecha...

F. CUMPLIDO.—No tuvo arraigo...

C. CRUZ COKE.—No tuvo arraigo porque los propios partidos políticos que podrían haberle dado apoyo no le dieron la posibilidad, pero la idea subsiste y también tendrá expresión política.

De manera que cualquier movimiento que haya en Chile, identificado con los ideales que planteo, superará incluso a los partidos políticos de derecha y al partido Radical que está identificado con ellos. En segundo término, hay que pensar una cosa muy clara. ¿Qué pasará en Chile en tres años más, si por cualquier evento la democracia cristiana fracasa en el Gobierno? --¿Me pregunto! ¿hacia dónde volverá sus ojos el electorado que no es marxista? ¿Hacia dónde?

¿Volverá sus ojos al FRAP, no estando de acuerdo con un movimiento marxista, con un Gobierno de tipo socialista...?

F. CUMPLIDO.—Puede volver hacia la persona del Sr. Alessandri...

C. CRUZ COKE.—No, volverá a la forma de gobierno de Alessandri que se identifica con su persona.

Porque el Presidente Alessandri, en el fondo, es un líder que podría encabezar un movimiento de opinión pública y no quiere hacerlo, porque parece ser alguien en quien las cosas empiezan y terminan con él. Y no le interesa.

Si Alessandri se decidiera a presentarse como candidato a Senador por Santiago e hiciera algún día una campaña nacional, obtendría Senadores en todas las agrupaciones y, por lo menos, 25 a 30 Diputados. Estoy convencido de eso.

J. TAPIA.—¿Un "dégaulismo"...?

C. CRUZ COKE.—El diario "Ultima Hora" lo tituló así...

I. AUGER.—Estimo, a propósito de las afirmaciones que hizo Carlos, que en Chile no vota por Allende una persona, por ser marxista, ni por Frei otra persona por ser católico. Me parece que si bien el factor del comunismo influyó en la elección en forma considerable, el pueblo chileno no vota en conformidad a doctrinas, sino a los intereses en un momento determinado...

C. CRUZ COKE.—Votó por el hombre que le daba mayor seguridad.

F. CUMPLIDO.—Si un hombre de tanta popularidad como Alessandri no está dispuesto a formar un movimiento tras sí, quiere decir que esto queda en la nada...

C. CRUZ COKE.—Significa que otro lo formará...

F. CUMPLIDO.—Por lo menos para mí, la popularidad del Sr. Alessandri obedece a un factor meramente personal...

SANTIAGO, 23 de Octubre de 1964.